

SE QUERÍAN HACER FAMOSOS A COSTA PROPIA...

Por Lic. Leandro Ariel Verdini

Parashat Noaj

Génesis 6:9-11:32

Aquellos hombres temían al anonimato que podía producirles la dispersión. Decidieron buscar mayor notoriedad y por eso, se construyeron una ciudad. Lo mismo que había hecho Caín y su familia (cf. 4,17). Querían «hacerse un nombre» (11,4); y como hablaban un mismo lenguaje resolvieron, en medio de la urbe, edificar una torre con el propósito de que su cúspide llegase al cielo.¹

Ya existía en el libro del Génesis un antecedente de hombres famosos. Los *nephilim* nacidos de los hijos de los dioses y las hijas de los hombres (6,4; cf. también Nm 16,2). Este grupo es un precedente moral del diluvio, ellos son responsables del mismo, la reputación que conquistaron fue llenar de maldad y violencia la tierra (6,5.11). La búsqueda de prestigio es un acto de rebeldía y soberbia delante de Dios. Parece originarse en el miedo y la inseguridad personal; pues los constructores de la torre no querían ser olvidados. Se deja entrever en el relato, que los hombres no han comprendido, que la celebridad y honor son un don del Altísimo y no tanto una conquista personal. Cuando en el capítulo siguiente del Génesis, al comienzo del ciclo de los patriarcas, el Señor lo llame a nuestro padre Abraham, Él mismo le prometerá «engrandecer su nombre» (cf. 12,2). A David, el gran rey de Israel, por medio del profeta Natán, le anunció que iba a hacerle «un nombre grande como el nombre de los grandes de la tierra» (cf. 2Sa 7,9). Conviene recordar también, que el libro del profeta Sofonías advierte que quedará en Israel «un pueblo humilde y pobre cobijado en el nombre del Señor», que recibirá de Él como bendición «renombre y fama» (cf. So 3,12.20).

En la parte final de la historia, en dos oportunidades, se advierte que el Señor Dios bajó primero para ver la ciudad y la torre (11,5), y luego para confundir su lengua (11,7). El verbo *yārad* (bajar) cobra en toda la Escritura una importancia capital. Cada vez que se indica que *el Señor de los cielos baja* es con una única finalidad: salvar a su pueblo (cf. Ex 3,8; 19,11.18.20; 34,5; Neh 9,13). Este caso de la torre es, también, una intervención salvífica del Señor en favor de su pueblo. Con la confusión de las lenguas, el Altísimo protege a los más débiles, de aquellos hombres que hubiesen logrado todo lo que se proponían (11,6). Es muy sugestiva la imagen que se crea, ellos habían ambicionado con la construcción alcanzar el cielo; pero, a pesar de la gran empresa y de su grandioso desarrollo, el Señor de toda Altura tiene que descender para verla. Con la hipérbole el narrador nos recuerda que Dios está mucho más por encima de nosotros, de lo que podamos imaginar.

1 Probablemente, los autores de este fragmento se refieran a los *zigurats*, antiguos edificios escalonados de gran altura, que funcionaban de templos. Fueron construidos, a partir del fin del tercer milenio y luego restaurados continuamente a lo largo de los siglos sucesivos. Se utilizaba como material principal para su edificación el ladrillo crudo, debido a eso su restauración era una experiencia cotidiana. Era común encontrar campos de ruinas, producidos por la degradación del ladrillo. En el folclore popular, estos campos de escombros se interpretaban como construcciones inacabadas, que desencadenaban fantasías e invitaban a imaginar historias capaces de explicar cómo fue que la construcción no había sido concluida y quedó maldita para siempre. Este breve relato de la torre de Babel, con cierto trasfondo mítico, se encuadra en esta tipología de relatos etnológicos. Cf. M. LIVERANI, *Más allá de la Biblia*, Barcelona, Crítica, 281.

La anécdota de la torre pretende mostrar que las pretensiones imperiales de Babilonia, que los hijos de Israel conocieron durante el exilio, culminan –inexorablemente– en el fracaso.² Toda quimera que aspira grandezas y fantasea con una unidad totalitaria, en la que todos hablen un mismo discurso y sean inmortalizados, a la larga o a la corta se encuentra condenada a la ruina.

*«¿Por qué se amotinan las naciones
y los pueblos conspiran en vano?
Los reyes de la tierra se sublevan,
los gobernantes se confabulan en contra del Señor y su Ungido:
"Rompamos sus ataduras, sacudámonos sus riendas".
El que habita en el cielo se ríe, El Señor se burla de ellos.» (Sal 2,1-4)*

2 De aquí el juego de palabras finales que propone el narrador, haciendo derivar el nombre *bābel* del verbo *bālal* (confundir).